



Rectificación

a vanguardia

Le ví junto al gran mapa de la vitrina en donde unas banderitas señalan a diario el progreso Nacional. Era un viejecito solitario con un traje negro raído y un sombrero hongo. En aquellos días los Partes de guerra eran largos y rebosaban gloria y triunfo, las gentes de la calle se apiñaban frente al mapa y señalaban con el dedo el movimiento de las tropas. Los índices resbalaban sobre el cristal de la vitrina como tanques buscando el camino por los valles, luego aventuraban la operación siguiente, el inminente copo, la «bolsa», el pueblo por caer.

Las gentes se apiñaban frente al sector de Cataluña, alguno dirigía a veces su mirada a Madrid, pero allá abajo, en la parte de vitrina vacía en el sector bajo del frente del Sur se hallaba inmóvil el viejecito del hongo, con la mirada fija en un pueblo aún en zona roja, pero tan cerca del frente que con un esfuerzo más, a la menor rectificación de línea habría de liberarse. En su mirada estaba todo el amor que sentía, se comprendía que allí estaba su casa, tal vez su familia.

—Tan cerquita—le oí murmurar un día—, y su dedo tomó el punto negro que señalaba el lugar.

Aquel viejecito había visitado seguramente al Estado Mayor de la región para decirle: —Si es muy fácil, yo les guiaré que conozco aquello, se va por el río de noche, ocultos por los juncos y se entra en el pueblo por casa del Herrero. Yo les guiaré si quieren.

Le he visto varias veces en esa contemplación emocionada, sobre todo en esos días que el Parte trae una coetilla sin importancia pero que anuncia «un golpe de mano» o «una rectificación a nuestra vanguardia en el frente del Sur». Aquel día está allí antes que nadie, con su hongo recién cepillado, esperando lleno de angustia y de esperanza que el encargado del mapa consulte una cuartilla y plante la banderita en plena Plaza Mayor de su perdido pueblo natal...

EDGAR NEVILLE.